

lor para volverse á su Castillo de Liria, se establecieron honradamente en Sicilia, y emplearon aquel dinero, que les habia quedado de las grandes riquezas de su padre Gil Blas. Mostráronse muy contentos, así el Soldado, como mi bella Irene, quando supieron que yo era nieto de un hombre tan extraordinario, y esta última apuró mucho mas á Isidoro, para que fuese adelante con su curiosa relacion.

## CAPITULO VIII.

*Prosigue el Soldado la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotéa. Muerte de esta su segunda muger, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad.*

Quando tu abuelo (continuó) me oyó dar razon tan puntual de su matrimonio con Dorotéa, y de los dos hijos que habia tenido en ella, prosiguió su relacion, diciendo así. No es menester que yo os cuente todos los pasos antecedentes de mi vida, supuesto que ya la habreis leído, ó á lo menos tenido noticia de ellos, y así bastará que prosiga desde esta época, la qual sin du-  
da

da fue la mas memorable para mí. Tenia gran confianza en mi cuñado Don Juan, y Scipion, aquel famoso, querido y fidelísimo criado mio, con su amorosa asistencia me aliviaba mucho el peso de aquellos graves cuidados, que rara vez dexan de oprimir á quien se halla constituido cabeza de una familia. Mi muy amada esposa me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu, que sumamente me consolaba. Teniame por un hombre feliz, y haciendo reflexión á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecia mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi Castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de Don César, en mi jardin, en la caza, ó en la pesca. ¡O qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! ¡Mas ó, y qué inconstante es la felicidad humana! Apenas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, quando comenzaron á llover sobre mí las mas terribles desgracias. Mi muger, la gentil, la discreta Dorotéa murió en muy pocos dias de una maligna calentura, de que no la supieron curar, ni el disparatado método del Doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué éste un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mugeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos ama-  
bi-



bilísimos hijos, me fue mucho mas sensible que la de la primera, tanto, que ni todo el buen humor de mi Secretario, ni todos los esfuerzos de su amor y de su lealtad, fueron bastantes para consolarme, ni aun para suspender por algun tiempo el desesperado dolor que dia y noche me atormentaba. El sitio de Liria, que hasta entonces era para mí el mas delicioso, se me hizo mucho mas odioso que la prision de Segovia, y todo lo que antes me divertia, ahora me enfadaba, causándome un tédio y un horror, que no me era posible tolerar. Si Scipion y mi cuñado pretendian confortarme, no solo perdian el tiempo y las palabras, sino que ellos mismos quedaban mas condolidos y desconsolados, conociendo que todas sus caritativas y amorosas atenciones no producian otro efecto, que aumentar mas mi melancolía. Manteníanse todavia en Zaragoza mis grandes y amados protectores Don César, y Don Alonso de Leyva, los que luego que llegó á su noticia el funesto accidente que me habia sucedido, me hicieron mil instancias, para que me transfiriese á su corte. En medio del horror que habia cobrado al gran mundo, por esta vez no me pude negar á complacerlos, y mas con la esperanza de que alexándome de un lugar, donde todo quanto se me presentaba á la vista era nuevo incentivo á mi dolor, podia la distancia hacerme olvidar poco á poco, y facilitar el modo de recibir algun consuelo. Entregué mis tier-

nos hijos á la custodia de Scipion, y recomendándolos á mi cuñado, me partí con un solo criado á la Capital del Reyno de Aragon. Luego que llegué á sus confines, oí decir, que pocos dias antes habia muerto Don César: noticia que exáltó mucho mi tristeza. Segun eso, me decia á mí mismo, yo voy á consolar, y no á ser consolado; y efectivamente encontré afligidísimo á Don Alfonso, luego que le ví.

Ni él ni yo pudimos contener las lágrimas. Tú (me dixo), amigo amado, has venido á confundir tu dolor con el mio. El Cielo me ha dexado á mí sin el mejor padre, y ha querido que tú perdieses la mejor de las mugeres. Si el ser compañeros en la afliccion no sirve de consuelo á dos amigos, viendo estoy, que nosotros dos seremos dos afligidos inconsolables. ¡Mas ay! que otra gran desgracia sucedió inmediatamente á la primera. Acometió á Serafina una calentura con todos los síntomas de la que habia llevado á la sepultura á Dorotéa, y de ella murió al dia noveno, sin que los mas acreditados Médicos del Reyno de Aragon, que fueron llamados para socorrerla, la pudiesen librar de la guadaña inexorable. ¡Qué tormento para Don Alfonso! ¡Qué pena para mí! Aquel no pudo resistir á tanta desventura, porque el excesivo amor á su adorada esposa, le sugeria continuamente nuevos motivos de grandísimo dolor, y se apoderó enteramente de su corazon una cruel melancolía, que absolutamente le oprimió todo



su espíritu. Cada día le veía mas afligido, y mas atormentado: ni mis palabras, ni todos quanto arbitrios discurría para divertirle, fueron bastantes para disminuir un punto su desconsuelo y su dolor. Finalmente, no pudiendo resistir á tan repetidas desgracias, se rindió enfermo en la cama, y pasó á hacer compañía al otro mundo á aquella su amada mitad, sin la qual ya no podia vivir en este. Hasta que dió el último suspiro le asistí con una atencion y con un amor digno de mi reconocimiento; y él observando bien aun en aquella hora la fidelidad de mi servicio, me dexó un legado de seis mil doblones. ¿Quién lo creerá? Algun otro quizá facilmente se hubiera consolado en una muerte, que le hacía dueño de tan quantioso legado; pero yo, acostumbrado ya á mirar con desprecio las riquezas, no supe moderar el entusiasmo de mi dolor, ni aun á vista del oro que me presentaron luego sus herederos. En el breve espacio de solos dos meses habia perdido todo quanto mas amaba en este mundo. La memoria de mi Dorotéa me hacía mirar como funesto y fatal para mí el sitio de Liria; la de los tres funerales de mis mayores bienhechores me habia hecho cobrar, no ya tedio, sino grande horror á la Metrópoli de Aragon. Solo me podia consolar la compañía de mis pequeñitos hijos, pero este consuelo se convertiría en mayor tormento, haciéndome acordar siempre que los viese, de que ya no vivia su madre.

Ha-

Hallándome en tan deplorable estado, tomé un partido, que á muchos les pareció cobarde efecto de la desesperacion, antes que valeroso hijo de un racional y justo desengaño. Resolví, pues, abandonar todo lo que mas estimaba en esta vida, y esconderme en un sitio, donde jamás pudiese llegar á mis oídos noticia alguna de mi familia, ni de algun otro conocido mio. A tan extravagante resolucion me movió el conocimiento práctico, adquirido con mi propia experiencia, de la inconstancia y ninguna seguridad que hay en las felicidades de esta vida. Quando la fortuna comienza á divertirse, y á jugar con los mortales, se atropellan unas á otras las desgracias, y habiendo aquella comenzado á mirarme á mí con ojos tan malignos, temí con razon, que las mias ya no tendrían fin, sino con el de mi vida. Preocupada mi imaginacion con estas ideas de un ingenioso terror, ya me parecia estar viendo la muerte de Scipion, la de mi cuñado y de mis hijos, con la pérdida de todos mis bienes. Ea pues, me decia yo á mí mismo, prevengamos animosamente todos estos golpes con un valor digno del espíritu de Santillana: abandónese el mundo, antes que el mundo me abandone á mí: dexese la España para siempre, y huyan mis ojos de ver aquellas cosas, que están sujetas á que la violencia me las quite de la vista. Sea mi sepultura en vida un retiro extravagante: sea un asilo, que me defienda, y una tumba que á to-

K 2

dos



dos me esconda estando vivo. Dicho esto, sin atender ya á otra cosa, me dispuse para mi partida, que puse en execucion no mas tarde que el dia siguiente. Dexé escrita una carta para Scipion y para mi cuñado, recomendándoles mucho el cuidado de mis tiernos hijos, y diciéndoles que quizá ya no me verian mas.

Partí pues de Zaragoza, llevando conmigo los seis mil doblones del legado en otras tantas letras de cambio para varios mercaderes de Cadiz. Llegué á este puerto á tiempo que estaba para hacerse á la vela la flota de México. Me embarqué con todo mi tesoro, y habiendo fletado para mí un camarote en el navio del Vice-Almirante, comencé á divertirme á solas con la lectura de varios libros morales, de que habia hecho provision antes de meterme en el mar. Consumieronse algunos meses en el viage, y finalmente toda la flota dió fondo en Vera-Cruz con la mayor felicidad. Ninguno de los que habian venido en mi navio sabia quién era yo; y mi vida retirada y melancólica habia excitado la curiosidad del Vice-Almirante, deseosísimo de averiguar qué personage era. Luego que saltamos en tierra, me hizo llamar, y con grande arte procuró exâminar mi condicion, y el motivo de mi viage: á lo que respondí, que era Castellano, y que solo el deseo de ver mundo, y particularmente las Indias Occidentales, me habia hecho emprender aquella navegacion. Quedó poco satisfecho de mis respuestas,

tas, y así me replicó: en vano disimula usted los verdaderos motivos de su salida de España, pues leyendo estoy en su semblante causas mucho mas graves de semejante resolucion, que las que Vmd. me quiere dar á entender. Su profunda melancolía me hace creer, que no fue mera curiosidad la que le indujo á arrojarse á todas las incomodidades y peligros del mar, y el espíritu de soledad, que constantemente ha manifestado Vmd. en toda la navegacion, casi me persuade, á que algun trabajo, ó (lo que sería mucho peor) algun enorme delito, que Vmd. ha cometido, le ha puesto en precision de abandonar para siempre la amada Patria. Soy Caballero, y solo pretendo que Vmd. se desahogue conmigo, para servirle y ayudarle hasta donde llegaren mis fuerzas, y así descíbrame su corazon con entera libertad. Señor, le respondí, estoy muy pronto á complacer á Vmd. solo con que me dé palabra de Caballero de no descubrirme jamás á ninguno. Me la dió prontamente, y á su palabra de honor añadió el sagrado vínculo del juramento. Entonces le manifesté claramente quién era yo, informandole de los motivos que tenia para dedicarme á una vida absolutamente muerta á todo comercio del mundo. Es cierto que le pareció muy estraña mi resolucion, mas no por eso dexó de admirar la firmeza y el teson con que me mantuve en la misma, á pesar de las muchas y fortísimas razones, que me expuso para reducirme á mu-



mudar de parecer. Usted, me dixo, verdaderamente es un hombre extraordinario, pues ninguna fuerza le hace el amor de padre. El bello mundo, y el trato con los hombres, tan dulce para todos, pero mas particularmente para aquellos que tienen algunos bienes de fortuna, tampoco le mueve nada. La patria ha llegado para Vmd. á ser una cosa muy indiferente: solo se complace en la contemplacion, y en un perpetuo silencio, pues piensa retirarse á un parage, donde no tenga otra compañía que la de los brutos y las fieras. Señor Santillana, ya me parece estar viendo en usted un perfecto Anacoreta; y sin duda se hará mas glorioso por los últimos años de una vida terminada de un modo tan raro y tan admirable, que por aquellos, que empleó en el servicio de dos primeros Ministros. Solo deseo deber á Vmd. el favor de que me confie el sitio donde piensa sepultarse antes de morir, para lograr el consuelo de poder verle alguna vez, con motivo de mis frecuentes viages á la América. Respondíle á esto, que pensaba pasar á México, con el fin de visitar algunos desiertos, de cuya situacion tenia alguna noticia por los mapas, para escoger el lugar que me pareciese mas á propósito para mis intentos. Ciertamente que en la eleccion de este sitio anduvo conmigo la divina providencia, pues fue tan afortunado para mí, como lo oíreis en adelante.

No me fue posible disuadir al Vice-Almirante,

te, que me acompañase en este viage, teniendo la comodidad de hacerlo durante el largo tiempo que se habia de pasar, antes que llegase el acostumbrado para el regreso de la flota á España. Partimos pues á México, y desde allí nos venimos á girar por las incultas y vastas llanuras que se descubren desde aquí. Traximos con nosotros bastantes provisiones, y quatro criados del Vice-Almirante, armados todos con sus fusiles, nos servian de escolta, y despues de haber visitado inutilmente los mas retirados escondrijos que rodean estos llanos, sin haber encontrado sitio alguno que me contentase, llegamos impensadamente á esta dichosa caberna, guiados de aquella misma luz que á vosotros os conduxo á ella. Ardía tambien entonces toda la noche, y la descubrimos desde las márgenes del rio, cuya corriente veniamos siguiendo. Desde luego hicimos juicio, que sería habitacion de algun Hermitaño, y no nos engañamos. Vimos en la entrada de ella un venerable anciano, que nos recibió lleno de pasmo, pues segun nos dixo, habia veinte años que no habia visto persona de nuestro trage y de nuestro porte. Nos saludó con grande afabilidad y cortesía, y por entre las arrugas de la cara y lo espeso de las barbas, se dexaban ver ciertas facciones delicadas, y al mismo tiempo magestuosas, que daban un ayre noble al semblante. Quedóse muy admirado el Vice-Almirante de tan singular aventura, y despues que

nues-



nuestros criados nos dispusieron la cena, á la qual convidamos al Hermitaño, nos sentamos á aquella misma mesilla que visteis ayer, y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos conduxo al quarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran entonces un poco mas rústicos, que los que ahora estais viendo. Dormimos en dicho quarto, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la cábena. La mañana siguiente, picándonos la curiosidad de saber quien era aquel venerable anciano, que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo ó de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario, y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano, y habiendo encontrado al buen viejo, que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable Anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

## CAPITULO IX.

*Historia del Nieto de Motezuma, último Emperador de México.*

**Y**o soy nieto del famoso Motezuma, último Em-

Emperador de México, y ahora es la primera vez, que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion, que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y mas quando mi edad, mi estado presente, y el género de vida que he abrazado, pueden ser el mas seguro fiador contra los políticos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer Monarca de estos países. Quando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la Corona, quitándosela de las sienes á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mugeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mí la mia. Buscaban con las mas vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los mas densos y mas solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hizonos prisioneros un Capitan en los confines del Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos conduxo á México. Quiso mi buena fortuna, que en la esclavitud no me separaron de mi padre, y que el Amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con el mismo atendió á que se me diese la mejor educacion, instruyéndome en los dogmas de nuestra Santa Religion. Murió mi padre entre mis brazos, quando yo tenia ya